

todo el mundo le recrimina y defiende los fueros de la esposa ultrajada; las leyes y las costumbres dan sanción legal á estas uniones. Y, á pesar de la violencia de las pasiones meridionales, esta sociedad, inmoral en apariencia, es mucho más pura que la nuestra. La corrupción elegante é interior que en las sociedades modernas es una gangrenosa plaga, es completamente desconocida en Río-Hacha.

Los indios guajiros

La ciudad de Río-Hacha está á merced de los indios guajiros. Estos podrían fácilmente destruir la; si la respetan, es porque en ellos el interés está por encima del espíritu de venganza. No pueden pasar sin los artículos que el comercio les proporciona y cuya necesidad se han creado ellos mismos; pero si el comercio cesara, por una causa cualquiera, al día siguiente la ciudad sería incendiada. Granadinos y extranjeros serían exterminados por los indomables guajiros.

Para contemplar á estos indios en toda su pintoresca belleza, es preciso asistir por las mañanas á la desembocadura del río Hacha, situado, según la temporada, á cien metros ó á uno ó dos kilómetros al Este de la ciudad. Allí, en la laguna que á cada instante cambia de forma por el choque de las aguas dulces y las del mar, es donde acude una gran parte de la población río hachera diariamente, á hacer sus compras y provisiones; esta aglomeración en la desembocadura misma del río es inevitable, porque un poco más arriba los cocodrilos infestan el río.

Este es perfectamente paralelo con la costa del

todo el mundo le recrimina y defiende los fueros de la esposa ultrajada; las leyes y las costumbres dan sanción legal á estas uniones. Y, á pesar de la violencia de las pasiones meridionales, esta sociedad, inmoral en apariencia, es mucho más pura que la nuestra. La corrupción elegante é interior que en las sociedades modernas es una gangrenosa plaga, es completamente desconocida en Río-Hacha.

XI

Los indios guajiros

La ciudad de Río-Hacha está á merced de los indios guajiros. Estos podrían fácilmente destruir la; si la respetan, es porque en ellos el interés está por encima del espíritu de venganza. No pueden pasar sin los artículos que el comercio les proporciona y cuya necesidad se han creado ellos mismos; pero si el comercio cesara, por una causa cualquiera, al día siguiente la ciudad sería incendiada. Granadinos y extranjeros serían exterminados por los indomables guajiros.

Para contemplar á estos indios en toda su pintoresca belleza, es preciso asistir por las mañanas á la desembocadura del río Hacha, situado, según la temporada, á cien metros ó á uno ó dos kilómetros al Este de la ciudad. Allí, en la laguna que á cada instante cambia de forma por el choque de las aguas dulces y las del mar, es donde acude una gran parte de la población río hachera diariamente, á hacer sus compras y provisiones; esta aglomeración en la desembocadura misma del río es inevitable, porque un poco más arriba los cocodrilos infestan el río.

Este es perfectamente paralelo con la costa del

Océano, en una longitud de varios kilómetros; no está separado del mar más que por un estrecho banco de arena y conchas, por encima del cual las olas arrojan en el agua dulce algo de su salada espuma. Este banco, que los choques sucesivos de las olas afirman como una muralla, es el camino que siguen las largas caravanas de los guajiros cuando vienen á la ciudad para aprovisionarse de carne, pescado, tortugas, maderas, carbón y otros artículos diversos, como sal, granos de *dividivi* y madera tintórea. Desde lejos, esa interminable fila de hombres y animales, compuesta á veces de algunos miles de individuos, que avanzan por el estrecho banco de arena que apenas si se ve sobre las aguas, presenta un aspecto muy fantástico: diríase que era todo un pueblo mágico andando sobre las aguas.

En la desembocadura misma, donde las olas del mar y las corrientes del río se rompen en la barra y forman de orilla á orilla una rompiente, es donde hay que observar el paso de los guajiros. Los caballos se paran con los ojos asustados y las crines en desorden y olfatean largo rato el agua espumosa; las mujeres suben sobre las caballerías, llevando á sus niños en los brazos; los jefes de familia y los ancianos, se atan las ropas, cogen el arco ó el fusil en una mano y el ramal en la otra, arrastrando así al caballo asustado en medio de la corriente agitada por los remolinos; las jóvenes, más decentes y abnegados que los río hacheros, se atan una faja un poco más arriba de la cintura y se sumergen en el río nadando tranquilamente en medio de la gritería de los negritos; otros luchan con los toros asustados ó los tercios asnos, que no quieren atravesar el río. Más allá de esta escena, alumbrada por la luz deslumbradora de la mañana, se ex-

tiende la superficie del mar azul; á lo lejos aparecen las viejas fortalezas arruinadas, las casas de Río-Hacha, sombreadas algunas por grupos de cocoteros, y, en último término, las montañas azules de la Sierra con sus nevadas cumbres, destacándose bajo el cielo como una blonda transparente. Por las tardes, las caravanas franquean nuevamente el río para pasar la noche en sus ranchos.

El territorio ocupado por los indios guajiros, es una península de catorce ó quince mil kilómetros cuadrados próximamente, y unida al continente por un istmo, en parte cenagoso, y de unos sesenta kilómetros de ancho. Al centro, se eleva la pequeña cordillera de Macuira, unida á las últimas ramificaciones de los Andes de Ocaña por una cadena de colinas; el resto de la península lo ocupan las sabanas, lagunas, bosques de manzanillos, mangles y arbustos espinosos. Algunos arroyos que bajan desde las faldas del Macuira, se pierden en las arenas de la playa, excepto durante el período de las lluvias, en los cuales llegan hasta el mar. Al Noroeste, puntas de roca é islotes de arrecifes, tales como las Monjas, Punta Chimara, Punta Gallinas y punta Chichibacoa, por su posición transversal á la dirección que siguen ordinariamente los navíos que van á Cartagena ó Santa Marta, causan infinidad de naufragios. Dos puertos excelentes y admirablemente abrigados, el Portete y Bahía-Honda, se abren en la costa septentrional, entre Cabo Vela y Punta Gallinas; pero sólo se ven frecuentados por contrabandistas. En Bahía Honda es donde dicen que Bolívar, en sus ensueños del porvenir, colocaba el sitio de la capital de los Estados hispano-americanos. A pesar de la magnificencia de ese puerto, es probable que la nueva ciudad no se hubiera desarrollado gran cosa, no

porque la región de Bahía-Honda sea menos fértil aún que Río-Hacha, sino porque ocupa una situación excéntrica con relación á las provincias del interior. Además, todos los establecimientos españoles que en otro tiempo existían en la península, han sido destruidos desde hace mucho tiempo por los guajiros; el último vestigio del antiguo pueblo de Bahía-Honda, consiste, actualmente, en una choza que ha sido quemada varias veces.

En toda la península no existe ni siquiera un pueblo, y la vida nómada de los indios, hace suponer que tardará mucho tiempo en construirlo si no es en las gargantas de Macuira ó en la orilla derecha del río Hacha.

Los guajiros, cuyo número varía entre veinticinco y treinta mil habitantes, viven, sobre todo, del comercio, de la cosecha espontánea que producen ciertos árboles, de la pesca, y la cría de toros y caballos. Según la temporada, se ven obligados á cambiar de sitio y tan pronto recorren los bosques para recoger el grano del dividivi, como bajan de bahía en bahía en persecución de tortugas y dorados, ó llevan los ganados hacia las sabanas más fértiles y las fuentes más abundantes.

Las ciudades provisionales de los indios, están bien pronto construidas; cada rancho que debe abrigar á una familia, se levanta en algunas horas: los hombres plantan los pies que sirven de pilares á la choza; las mujeres entrelazan las ramas y hojas que han de servir para la cubierta, y los niños dan vuelta á la piragua, bajo la cual ha de pasar una noche la familia entera, tendida sobre la blanca arena. A veces, durante las temporadas de las lluvias, extienden una tela por el lado expuesto á los vientos alisios; los jefes tapan los cuatro lados de la cabaña con hojas y ramas, dando aspecto real

á su residencia. Cuando la tribu nómada decide su marcha á otra parte, no hacen más que descolgar la tela, levantar la piragua y ponerse á navegar; del pueblo provisional sólo quedan ramas colgando y restos que el viento se encarga de destruir. Durante las temporadas de sequía, y sobre todo, si éstas se prolongan, muchos guajiros se expatrian completamente y van á construir sus ranchos sobre las costas de la provincia de Río-Hacha. A veces, Punta del Diablo, aldea situada á más de sesenta kilómetros de la ciudad, al pie de las Montañas Nevadas, se ha visto poblada por cientos de indios.

Los guajiros son los más hermosos tipos de todos los indígenas de América; sus miradas son altivas, su marcha imponente, sus formas esculturales. Los hombres, siempre vestidos á la usanza de los emperadores romanos, luciendo sus cinturones de varios colores, tienen en general la cara redonda como el sol, del cual se creen descendientes sus hermanos los muyscas; miran siempre de frente con aire de salvaje desconfianza y su labio inferior se levanta con una sonrisa sardónica. Son fuertes y graciosos; su habilidad en todos los ejercicios corporales es inmensa. En la juventud, su color es de rojo ladrillo bastante más claro que el de los indios de San Blas y los de la América central; en la vejez ennegrecen y adquieren un hermoso color de caoba. Alrededor de sus cabellos largos y rizados sobre los hombros, se rodean graciosamente una liana de *convulculus* ó bien se atan algunas plumas de águila, con una simple diadema de fibras de madera. En la cara se ven muy raramente tatuajes.

Las mujeres, menos adornadas que sus maridos y vestidas con ropas de colores menos chillones, conservan, sin excepción, hasta la más avanzada

vejez, formas de dureza admirable y gran perfección de contornos; sus maneras de andar son de verdaderas diosas, ó mejor dicho, de mujeres que viven libremente con la naturaleza, y cuya belleza, acariciada por el sol, se desarrolla sin obstáculos. Aunque sus rasgos son muy parecidos á los de las hermosas irlandesas, están desgraciadamente desfiguradas por tatuajes trazados en los pómulos y la nariz; pero, á pesar de esas manchas rojas de la cara, las salvajes hijas del desierto sugestionan por su deslumbrante y fiera belleza, sobre todo, cuando se las ve atravesar la llanura al galope de sus caballos rápidos, con los ojos inflamados, el cabello en desorden y el brazo levantado en señal de triunfo.

Como en muchas otras naciones salvajes, bárbaras y civilizadas, el casamiento no es, entre los guajiros, sino un contrato de venta; pero este contrato no se efectúa más que mediante la conformidad del hombre y la mujer, si se convienen por la edad y mediante las indispensables condiciones de salud, agilidad y fuerza: los deformes y los enfermos, muy raros entre estos salvajes, son inexorablemente condenados al celibato. El hombre procura primero agradar al padre de familia, y cuando ha convenido con éste el número de toros y caballos que ha de costar su hija, se dirige hacia el rancho de su futura, conduciendo consigo á su rebaño. Los animales se cuentan y examinan por el padre de la novia y los conocedores de la tribu; luego, á grandes tijeretazos, se les hace otra marca en el pelo, y cuando la última cabeza de la manada ha cambiado de propietario, el joven puede aproximarse á su futura: el casamiento está terminado y la fiesta comienza.

Sin embargo, más que á toda idea de interés,

tienen estos salvajes amor á la belleza, y, si se da el caso de que el pretendiente se distingue entre sus compañeros, por su fuerza, su talla, agilidad y gracia, se le conceden gratuitamente una ó varias mujeres; á veces se les hacen regalos de caballos, toros y fusiles como prueba del honor que ha hecho ingresando en su nueva familia. Para estos hombres, la verdadera aristocracia es la de la belleza; la riqueza y el poder están subordinados á ella.

Cuando un naufragio arroja sobre las costas guajiras á algún marino extranjero, fuerte y vigoroso, los indios, que conocen perfectamente la importancia de los cruzamientos de raza, le hacen pagar con algunos años de casamiento forzado con dos ó tres hermosas guajiras, la hospitalidad que le han concedido. En cuanto á los desgraciados marinos deformes ó de aspecto enfermizo que caen entre sus manos, lo despojan de sus ropas y lo conducen de tribu en tribu hasta Río Hacha, perseguidos por gritos y risas.

Los guajiros no son hospitalarios más que con los hombres de su raza y con los extranjeros que imploran su protección; odian cordialmente á los españoles con los que han guerreado durante tres siglos; los padres cuentan á los hijos que los conquistadores Alfaguer y Belancazar, habían reducido á los indios á la esclavitud y que con sus carnes alimentaban á los perros; les dicen, con gran lujo de detalles, que, á veces, los soldados castellanos conducían cientos de pieles rojas en una misma cuerda, y que se divertían cortando la cabeza de un solo golpe á quien detenía por un momento la marcha del convoy. Por eso los descendientes de españoles se aventuran pocas veces á franquear la desembocadura del río Hacha, y las goletas granadinas que van á traficar por la costa con los in-

dios, apuntan contra ellos los pequeños cañones de sus embarcaciones y disparan á la menor alarma. Cuando un bongo de pescadores río hacheros se cruza en alta mar con una piragua de guajiros, se lanzan siempre entre las dos embarcaciones innumerables injurias.

A veces, y á pesar de la paz que las operaciones comerciales exigen, estalla la guerra por haber surgido entre los tratantes diferencias que degeneran en reyertas; entences, los indios se esperan por las aldeas inmediatas á Río Hacha y se apoderan de las caravanas que vienen de la Sierra Negra y el Valle-Dupar; nadie intenta salir de la ciudad, y hasta las mujeres, para procurarse agua dulce, van al río acompañadas de hombres armados. Los río-hacheros que caen en poder de los indios perecen sin remedio. Hacia unos diez años cuando llegué á Río Hacha, que, durante una guerra, cayeron en poder de los indios dos negociantes españoles; los salvajes los debilitaron por el hambre primero, y después, al más fuerte, le hicieron cavar la fosa de su compañero y enterrarlo él mismo; cuando habla terminado tan dolorosa y singular tarea lo mataron, y, obedeciendo tal vez á alguna monstruosa superstición, regaron con su sangre la tierra de la sepultura.

Después de algunos meses de interrupción en el pacífico comercio, los guajiros, suficientemente vengados con la muerte de algunos de sus enemigos, y sintiendo además la necesidad de provisionarse de *colete* (tela de algodón azul, que sirve de moneda de cambio en el país), de pólvora y piedras para los fusiles y otros géneros, vuelven al mercado, como de ordinario, cargados de sus mercancías, y ofrecen la paz á sus enemigos blancos y negros. Estos, bien contentos de que la paz les

sea ofrecida, acuden al mercado y la normalidad queda restablecida. Los ranchos vuelven á levantarse en la parte oriental de la ciudad y los habitantes de Río Hacha pueden dar sus paseos matinales por la desembocadura del río.

Tanto en paz como en guerra, los guajiros conservan en la ciudad el derecho de gobernarse ellos mismos y hasta se ríen de las leyes granadinas. Durante mi estancia en Río Hacha un indio asesinó á una mujer guajira: el criminal se dió á la fuga y consiguió sustraerse á la persecución de la familia de la víctima. Algunos meses después, se dijo que el asesino estaba oculto en una casa de la ciudad; los hermanos de la víctima, acompañados de sus amigos, armados con flechas y fusiles, entraron en Río Hacha y registraron escrupulosamente todas las casas, hasta que encontraron al asesino. Lo ataron, se lo llevaron al otro lado del río, y sobre la arena que forma la punta extrema del territorio guajiro, un hermano de la víctima le cortó el cuello de un machetazo. Toda la familia del asesino, descubierta después, sufrió la misma suerte, á excepción de su mujer que, dejada como muerta sobre la arena, tuvo el valor de atravesar el río y venir á morir á Río-Hacha. No obstante su deseo de venganza, aceptan alguna vez el precio de la sangre y perdonan á quien paga. Un comerciante de la ciudad, don Nicolás Barros, tiene en su casa un niño indio, cuya vida compró por cuarenta pesetas.

Si los río-hacheros tiemblan ante los guajiros, éstos á su vez temen á los indios cocinas y sólo hablan de ellos con espanto, no por cobardía, cosa desconocida entre estos hombres, sino porque los últimos son antropófagos, y nada horroriza más á los guajiros que la idea de ser asados y devorados

después de haber caído en la batalla. Los cocinas recorren las sabanas pantanosas que se extienden entre Maracaibo y la Sierra Macuira, en casi toda la extensión del golfo de Venezuela. Poco numerosos, como todas las tribus de antropófagos, cuentan apenas algunos cientos de guerreros; pero es, sin embargo, poderosa, por el terror que inspira. Aunque desapareciera el recuerdo de su existencia, protegería durante mucho tiempo su territorio.

A pesar de los consejos de mis amigos me atreví varias veces á visitar algunas posesiones de la república guajira, frecuentando algunos de sus ranchos. Es cierto que me hice presentar al jefe conocido por los españoles con el nombre de *Pedro Quinto*, un gigante orgulloso como un mandarín chino, y de una obesidad que denunciaba su riqueza y abundantes comidas. Este jefe me presentó á algunos de sus súbditos, reunidos en el mercado de Río Hacha; mi persona era, pues, sagrada, aunque hubiera sido español ó cocina. Una vez prometida la hospitalidad, todos los ranchos me pertenecían; no tenía más que mandar.

En mis largas excursiones por las playas guajiras, pasaba muchas veces cerca de algunos hombres, en apariencia sin vida, al lado de los cuales se veían mujeres sentadas en la arena vigilando y tejiendo hilos ó haciendo sombreros. Al principio creí que eran cadáveres guardados por mujeres, para evitar que fueran devorados por los caricaris y los buitres; pero una mujer que sabía hablar el español, me dijo que su marido no estaba muerto, sino *borracho perdido* desde la víspera. «Ayer vendió la madera del Brasil» añadió ella con tono de confianza. Las voluptuosidades que produce la embriaguez son tan *distinguidas* que la mujer siente aumentar su respeto y consideración hacia el

marido cuando se halla en tal estado; se arrodilla cerca de la cabeza, espanta á los címfes que podían trastornar su profundo sueño y refresca su frente cubriéndola con el ala de un águila; en análogas circunstancias, también ella pudiera tener necesidad de iguales cuidados.

Al terminar toda operación comercial, los ríohacheros han de entregar, según es costumbre, al vendedor guajiro, uno ó varios jarros de aguardiente fuerte. El indio se lleva á su rancho el *precioso* licor y bebe hasta caer como muerto, sobre la arena. Cuentan que un navío cargado de ron encalló en los arrecifes de Punta Gallinas; la noticia corrió por todo el territorio y, durante muchos días, la nación entera estuvo sumida en la más completa embriaguez. Las bombonas de ácido sulfúrico procedentes de naufragios y halladas en la costa algunas veces, han producido la muerte de algunos pescadores por haber bebido el ácido con la misma avidez que el ron. El vicio de emborracharse, no tiene entre los guajiros las mismas consecuencias que en Europa; entre nosotros la miseria viene con la borrachera; allá la pobreza es desconocida. Además, los guajiros, como los otros indios de América, tienen la maravillosa facultad de poder, sin sufrimiento, pasar de la más rígida sobriedad, al festín más abundante. Cuando el guajiro ha cazado un cabrito ó una tortuga, come sin cesar hasta que el animal ha desaparecido completamente; si en medio del festín un sueño latárgico le derriba al suelo, conserva, no obstante, el resto de carne entre sus manos, para llevárselo á la boca en cuanto despierte. Si la caza y la pesca han sido infructuosas, el guajiro aprieta su cinturón á su vientre deshinchado y ayuna durante días enteros sin dirigir una mirada á la comida de sus compañeros.

A pesar de los defectos que son comunes á todos los pueblos bárbaros, los guajiros entran en el progreso y tal vez serán para la provincia de Río-Hacha lo que han sido los indios del interior para Socorro, Vélez y Pamplona; un elemento poderoso de regeneración social. Hasta hace algunos años se habían conservado puros de toda mezcla; pero las numerosas ocasiones de contacto, creadas por las relaciones comerciales, han producido algunas admirables familias de mestizos. Poco á poco los veinte ó treinta mil guajiros, atraídos por interés á las inmediaciones de una ciudad que aumenta de día en día, se confundirán con los habitantes blancos ó negros del país, y el feroz antagonismo de raza desaparecerá. Perderán los guajiros el espíritu de trabajo y su indomable energía, pero, en cambio, adquirirán la viveza de impresiones, esa poesía de los sentidos, que hace á los mestizos tan asequibles á todas las innovaciones del progreso.

El comercio de las tribus guajiras con el extranjero, es ya considerable y mayor que el de ninguna otra comunidad de la república granadina. Los géneros traídos diariamente al mercado de Río-Hacha producen la prosperidad de la ciudad. Además, expiden directamente á Jamaica y Santo Domingo, caballos, toros, sal, granos de dividivi, tasajo y otros géneros.

Por las necesidades actuales del comercio, han aprendido á hablar el papamiento, y en cuanto el círculo de sus relaciones se ensanche, no cabe duda que su lengua, muy pobre y adaptada á su modo de existencia, desaparecerá gradualmente para ceder su puesto al español.

La naturaleza del suelo, que obliga á los guajiros á ser comerciantes al mismo tiempo que pastores nómadas, no les ha permitido hacer grandes

progresos en la agricultura; no obstante, algunos se han establecido ya en la orilla izquierda del río, donde han roturado el terreno para plantar mangles y otros árboles frutales. Sin perder sus hábitos de nómadas, vienen, no obstante, á recoger sus frutos y no cabe duda que así tomarán cariño á sus plantaciones y se establecerán definitivamente convirtiéndose en agricultores. Cinco ó seis familias, aguijoneadas por el deseo de mejorar, han dado un paso más, y se han establecido en la orilla española del río en algunas hondonadas de fácil riego, y, á pesar de su horticultura rudimentaria, recogen melones, calabazas, mandioca y otros frutos, en cantidad suficiente para abastecer á la ciudad. Se dice que, para proteger sus huertas de los *rateros* río hacheros, los indios colocan serpientes venenosas en las inmediaciones; hay también quien asegura que plantan de distancia en distancia algunas plantas de manioque salvaje (*yucca brava*), que ellos solos pueden distinguir, y que producen la muerte con su jugo venenoso.

Otro rasgo principal del carácter guajiro, es un odio hacia la religión católica. En esta religión no han visto más que la fe execrable de sus antiguos opresores, en nombre de la cual sus ascendientes fueron decapitados y reducidos á la esclavitud. Parece que no tienen otra religión que el amor á la libertad, y declaro que, no obstante mis investigaciones, no pude averiguar si creen en un *Grande Espíritu* y en la inmortalidad del alma. A todas mis preguntas en este sentido, me contestaban con miradas de extrañeza ó risas despreciativas. Una sola práctica, me hace suponer que creen en algún ser vivo que reside en la tierra: cuando ruge el trueno, lanzan al aire grandes tizones encendidos y prorrumpen en gritos desaforados, como para

devolver al genio de la tempestad grito por grito y rayo por rayo. Según dicen las tradiciones caldeas, Nemrod, el poderoso cazador, lanzaba flechas contra las nubes y más de una vez cayeron ensangrentadas.

XII

**El médico cazador.—La cuesta de San Pablo.
El Rancharía.—Sierra Negra**

Había pasado ya algunos meses en Río Hacha sin hacer excursiones importantes ni haberme ocupado del objeto principal de mi viaje. Por fin, hallé una ocasión favorable para dirigirme á Sierra Negra, una de las más grandes ramificaciones de los Andes, que empieza á cuarenta leguas al Sur de la ciudad. Una mañana me puse en marcha, llevando en un zurrón algunos libros y una botella de agua. Solo, y á pie, se siente uno en más intimidad con la naturaleza toda y los paisajes que se desarrollan ante la vista; se puede subir á todas las colinas, seguir el curso de todos los arroyos, introducirse en la espesura y penetrar en el bosque bajo las sombras misteriosas; se es más libre. En la naturaleza tropical, que yo no conocía aún en sus diversos aspectos, sobran amigos, sobre todo cuando se piensa consagrarse completamente á la alegría que produce cada nuevo descubrimiento, y se quiere vivir durante algún tiempo, errante como nuestros padres, á través del bosque. Además, no pensaba sufrir, hallar obstáculos en ese nuevo género de vida; de etapa en etapa tenía que hallar gente que conocía yo, ó, al menos, para quien me habían dado cartas de recomendación.